



ya

EL MERCURIO

LOS COSTOS
DE COMER MAL,
EL FENÓMENO DEL
“HAMBRE OCULTA”

ALMA,
LA NIETA DE
JODOROWSKY,
Y SU ASCENSO
EN LA MODA
INTERNACIONAL

ÚLTIMAS
INVESTIGACIONES
CÓMO FUNCIONA
LA RESILIENCIA

EMPRESARIA Y EX MINISTRA DE ECONOMÍA
INGRID ANTONIJEVIC

Su camino
como
monja zen



EMPRESARIA Y EX MINISTRA DE ECONOMÍA

CÓMO Ingrid Antonijevic SE CONVIRTIÓ EN MONJA ZEN

Tras un breve y difícil paso como ministra de Economía en el primer gobierno de Michelle Bachelet, la economista y empresaria Ingrid Antonijevic decidió abandonar la vida pública. Lejos de la exposición, dio pasos importantes en su vida personal: el más gravitante, cuando hace tres años viajó a Japón para tomar sus votos de monja zen, en un linaje cuya creencia principal es que un verdadero practicante de la meditación no debe vivir apartado del mundo, sino que en la realidad tal cual es. Esta es la historia de cómo llegó a ese camino.

POR PILAR NAVARRETE M. FOTOGRAFÍAS: SEBASTIÁN UTRERAS.



En octubre de 2011 Ingrid Antonijevic tomó sus votos de monja zen después de dos intentos fallidos. El último, programado para febrero de 2006, lo suspendió cuando se enteró que Michelle Bachelet la llamaría para ser su ministra.



HECTOR ARAVEÑA

Arriba, Antonijevic fotografiada en su oficina como ministra de Economía, en 2006. Sobre su salida, a los cuatro meses de asumir comenta: "Hay gente que todavía me dice 'tú no fuiste al cambio de gabinete', como con una connotación de rebeldía. Quizás qué diría Freud".



SEBASTIAN SEPULVEDA

"Iba a todas las actividades con ella. La acarrea, le manejaba, yo hacía de chofer, de lo que fuera. Fue una época muy bonita", dice de la campaña que llevó a Bachelet a la presidencia en 2006 y donde Ingrid fue cerebro de las finanzas.

En el budismo zen hay una frase muy bonita que dice: "Es fácil creer que somos olas y olvidar que también somos el océano".

Son las 8:00 de la mañana de un sábado e Ingrid Antonijevic, la empresaria y ex ministra de Economía –y desde hace tres años monja zen– sonríe. Enfundada en una manta negra de lana, que la ayuda a esquivar la brisa fresca, observa el mar desde las ruinas de una casa. Una vieja y abandonada construcción sobre las rocas, en los faldeos del terreno que hace 20 años compró en Tunquén. La suya –una casa de playa estilo japonés– está varios metros más arriba. Ingrid está despierta desde las cinco de la madrugada, cuando se levantó para meditar tres veces –por cuarenta minutos cada vez– en El Zendo, el espacio de meditación que hace algunos años habilitó a un costado de su casa y donde vive de manera fija su gran amigo Jikusan –el chileno Patricio Goycoolea–, monje zen desde hace más de diez años.

Aunque sigue activa como empresaria, desde su salida de la cartera ministerial, en julio de 2006, poco y nada se ha sabido de ella. De sus nuevos negocios y de su rol en la campaña presidencial de Eduardo Frei en 2009 y de Carolina Tohá en la alcaldía de Santiago –donde dirigió las finanzas–, solo se supo por breves notas en los medios. Nunca más aceptó dar una entrevista, aunque varias veces, asegura, se lo pidieron. Dice que fue una forma de protegerse y tener tiempo de avanzar en su desarrollo personal.

Esta brumosa mañana, bajo su manta, Ingrid viste un pantalón y un polerón negro, el color, según el budismo zen, que guarda todos los colores. De pronto, con su brazo derecho estirado, señala una enorme y solitaria roca ubicada unos metros más allá, que parece dibujar un perfil mar adentro.

–¡Mira! –alerta sonriente. –Ese es Buda watching the sky (Buda mirando al cielo). ¿Lo ves? Mi buda... Cuando las olas revientan en él, una lágrima

le corre por el ojo. Mi sueño es, en estas ruinas, algún día armar un santuario budista, un sendero para que la gente pueda llegar hasta acá para contemplarlo.

Hace tres años, el 30 de octubre de 2011, Ingrid tomó un avión desde Tokio a Santiago y, al día siguiente, pisó suelo chileno convertida en monja zen. Casi nadie en el vuelo sabía quién era; menos, de su nuevo estatus. Sin embargo, era fácil reconocer que algo había ocurrido en su vida: regresó rapada al cero, desprendida por completo de la melena castaña que la caracterizaba hasta entonces. Aunque su familia sabía de su viaje y su decisión de tomar los votos, ese día solo la acompañaba Jikusan.

La 21 de octubre, la noche antes de la ceremonia, en el baño del hotel en Tokio, él, con ayuda de una máquina de afeitar, poco a poco, fue cortándole su melena, mientras ella, por los costados de sus brazos, la veía caer. Solo le dejó un mechón a la altura de la nuca. A la mañana siguiente, Ingrid tomó la kesa negra –la túnica que marca la unción de monje– que había envuelto en papel de arroz y, vestida de calle, partió en taxi a la Universidad de Tokio, el lugar de la ceremonia. En la sala había solo diez personas. En un pequeño cuarto se puso un kimono blanco y cuando todo estuvo listo, comenzó el rito.

Entre la lectura de los sutras o cantos sagrados, la aceptación de los votos y la investidura de la kesa negra, la ceremonia se extendió por casi tres horas.

–La parte más emotiva fue cuando me agaché, bajé la cabeza hasta el suelo y el maestro me cortó el mechón con una tijera –recuerda Ingrid tres años después–. Eso tiene algo que ver con la vanidad. No es que te lo digan, pero es un gesto; un gesto donde tú renuncias a la vanidad excesiva. Yo me sentía tan feliz. ¡Estaba dichosa!

–¿Por qué decidió convertirse en monja zen si podía seguir siendo una practicante comprometida de la meditación?

–Fue más una certeza, un senti-

